

Le Brun, Annie. *Du Trop de réalité*. París: Stock, 2000. 317 págs.

Annie Le Brun, crítica francesa reconocida en su medio no sólo por sus estudios literarios, sino también por su participación activa en los debates sociales y en la crítica cultural, no es, sin embargo, muy conocida en América Latina.¹ *Du Trop de Réalité*, ensayo sobre el “exceso de realidad” en la sociedad contemporánea, nos permite adivinar sus intereses literarios, su posición frente a los problemas culturales de la Francia de hoy y, sobre todo, su compromiso con la poesía, la literatura y el arte en general. Desde la posición anarquista que la caracteriza y con el tono contestatario propio de sus escritos, la autora critica el “sistema de cretinización” de nuestra época y el “desolado” horizonte del “paisaje intelectual” francés.

“Existen libros que preferiríamos no escribir. Pero la miseria de esta época es tal, que me veo obligada a no seguir callándome, sobre todo cuando tratan de convencernos de la ausencia absoluta del sentido de rebeldía”: con esta primera frase, claro grito de protesta, Annie Le Brun nos invita a recorrer los temas y problemas de la llamada “postmodernidad”. Sin inscribirse en ninguno de los grupos ideológicos (post-estructuralistas, neo-feministas, etc.) característicos de la despolitización contemporánea, la autora encara la indiferencia, conformismo y flexibilidad de los intelectuales; de manera radical se opone al proceso de “democratización”, de “normalización” que condena todo tipo de manifestación “individual”: su protesta se inscribe, según sus propias palabras, en el grupo minoritario de aquellos que se oponen a la “inaceptable condición humana”.

¹ Annie Le Brun es autora de numerosos libros: *Lâchez tout* (Le Sagittaire, 1977) ensayo importante contra la brigada ideológica del neofeminismo; *A distance*, ensayos (Jacques Pauvert 1984); *Appel d'air* (Plon 1988), y *Qui vive, Considérations actuelles sur l'inactualité du surréalisme* (Jacques Pauvert 1991) estudios dedicados a la poesía y muy particularmente a los simbolistas y los surrealistas; *Les Châteaux de la subversion* (Jacques Pauvert 1982 y Gallimard 1986), *Soudain un bloc d'âbime*, Sade (Jacques Pauvert 1986 y Gallimard 1993) y *Sade aller et détours* (Plon 1989), dedicados a la novela negra de finales del siglo XVIII y a Sade. Además en 1989 Annie Le Brun organizó la primera exposición consagrada a Sade y editó junto con Jacques Pauvert, para la colección de la Pléiade, las obras completas de este autor. Su obra incluye también varios libros de poemas.

El texto se compone de tres partes, divididas en capítulos cortos y bien diferenciados que agilizan la lectura (nueve para la primera y segunda y siete para la tercera) sin títulos ni subtítulos. La reflexión, orientada desde una perspectiva cultural, trata de entender la crisis del "imaginario" y de la cultura, en estrecha relación con los problemas sociales e ideológicos, con la tecnificación, con los problemas ambientales. Según Le Brun, la anulación de los intelectuales coincide con la devastación de los bosques, y la ruptura biológica con la ruptura de los grandes equilibrios sensibles en los que "nuestro pensamiento podía todavía alimentarse". En la primera parte, siguiendo el modelo del ensayo francés, a la manera de Montaigne, que privilegia el movimiento de la conciencia para exponer un problema existencial, la autora desarrolla la idea de "exceso de realidad" y la relaciona con las "catástrofes" de finales del siglo XX: la "interiorización de la técnica", la parálisis del "poder de negación", la aniquilación del "sueño" poético, la amputación del "imaginario", la crisis de la poesía, la mediocridad intelectual son el resultado de un exceso de realidad producido por acumulación y saturación de información. La comunicación informática crea una realidad invasora que genera a su vez una realidad virtual que nos encierra en nosotros mismos y nos condena a evolucionar, más que en una "realidad virtual", en una "virtualidad real".

Le Brun critica la actitud complaciente de los intelectuales contemporáneos que, lejos de cuestionar las "desgracias del siglo XX", han reafirmado la muerte del sujeto, la desaparición del sentido y de la conciencia histórica. El activismo cultural liderado por filósofos, sociólogos, lingüistas, semiólogos, críticos de arte, profesores universitarios, ha contribuido a hacer desaparecer lo "sensible" y amenazar lo que hay de "oscuro en la libertad". Señala, en algunos casos con nombres propios, que los intelectuales se han convertido en servidores y transmisores de la sociedad técnica; sus métodos "seudo-científicos" han servido para acomodar "el destino de cada ser a una realidad depurada de todo elemento que pudiera permitir ponerla en duda". Todo el "campo sensible" ha sido sometido a una "teorización intensiva". La crisis del pensamiento crítico es relacionada

con la crisis del sentido que “autoriza a hablar para no decir nada, así como a decir todo para hacer lo que sea”. Le Brun se remonta a los orígenes de la “insignificación”: según ella, Roland Barthes inspira la generación que lidera la lucha contra el sentido; post-estructuralistas, desconstruccionistas, pragmáticos, entre otros, declaran que nada significa nada y que todo puede significar cualquier cosa; se les acusa de neutralizar todo lo que en el “campo cultural puede constituir un peligro de subversión”. La ensayista denuncia la “insuficiencia poética” de los “expertos culturales”: expertos en museografía, críticos de arte e incluso artistas son tildados de “especialistas en neutralización”, pues tienen como objetivo “inmunizar contra todo lo que pueda ser expresión de protesta o rechazo”.

El triunfo del exceso de realidad se siente también en el lenguaje. Cuatro capítulos de la primera parte son dedicados a este tema. En ellos se plantea que la sociedad modifica el lenguaje y obliga a remplazar las ideas, sentimientos y opiniones que no están de acuerdo con una realidad invasora. El vocabulario nuevo, impuesto por la bioética, la informática, la biología, la industria alimenticia y la publicidad con sus juegos de palabras, sus afiches, sus pancartas, y la respectiva contaminación del espacio público, está desfasado y produce una “anomia social generalizada”. Al vaciar o invertir el lenguaje, las palabras pierden su elasticidad y su especificidad; se vuelven “figurantes” cuya función es la de “disimular la ausencia de lo que significaban”. Cuando “la libertad es evocada, es para maquillar su ausencia”. Annie Le Brun se pregunta entonces cómo entender el sentido de la palabra “poesía” en un momento en que el lenguaje se ha convertido en “la sombra de sí mismo” y evoca con nostalgia la generación de Jarry, Breton, Leiris, Jacob quienes, con su actitud anarquista, hicieron del lenguaje una “fuerza de insumisión indisociable de la vida”.

El conformismo resultante de la “racionalidad tecnológica” hace olvidar que la lengua es un organismo vivo: por alimentarse de lo que absorbe, puede sufrir, por ejemplo, de contaminación ideológica, lo cual hace que las palabras se “petrifiquen”, se “estandaricen” y terminen siendo “estereotipos”. En este proceso de inversión, de

desvalorización sistemática de la expresión “sensible”, el lenguaje se vuelve “funcional”. Se ha descubierto en las abreviaciones, las siglas, los eufemismos, la publicidad, unas cualidades “anestésicas” que llevan a la desintegración del ser: el “lenguaje de síntesis” es, según Le Brun, la victoria final de la razón tecnológica y de su proyecto de control total de la “imprevisible libertad”. De manera concluyente, la autora cierra la primera parte de su libro argumentando una “desmetaforización generalizada”, como consecuencia de la inversión del lenguaje: la metáfora se está extinguiendo, pues se ha perdido su sentido poético, su poder de comunicación; su noción se ha invertido, hecho que explica en últimas el vacío de la poesía francesa contemporánea.

En la segunda parte, siguiendo con el propósito de reivindicar el “derecho a la negación” y oponerse al conformismo postmoderno, Le Brun declara que sólo la “enormidad poética” puede darnos la “medida infinita de la libertad”. La ensayista aborda, entonces, la crisis de los sistemas éticos y conceptuales, también afectados por el exceso de realidad: la jerarquía de valores no tiene asidero en “un mundo en el cual las formas simbólicas están cambiando bajo la presión de una realidad que casi ha logrado hacernos confundir lo virtual con lo imaginario”. Luego explica cómo la “filosofía de las redes” informáticas ha logrado, al invadir el espacio físico, que el mundo se desarrolle al ritmo que impone la acumulación, el cambio, la velocidad. Esta filosofía reposa en un “orden de promiscuidad” que, al exponer la poesía junto a la moda o la pornografía junto a la pintura, nos hace perder el punto de vista crítico. Este “milagro cultural” —dice irónicamente la autora— “hace compatible lo que esencialmente es incompatible”.

La “democratización” de la cultura, el afán de poner el arte al alcance de todos, es entendida por Le Brun como una nueva forma de “totalitarismo” que afecta nuestra “profundidad emocional”, pues nos vuelve objeto de una cultura interpuesta. Este “totalitarismo de inconsistencia” instala un “pluralismo sin obstáculo y sin fin”. Sin perder el norte, la crítica ataca la “inconsecuencia” de la élite intelectual, culpable en gran parte de la anulación sistemática de la

negatividad. La extinción de las “especies intelectuales” es explicada por “la ausencia total del sentido de la rebeldía” y la flexibilidad del pensamiento. Al igual que el común de los hombres, los intelectuales han pasado de una tendencia a otra, han adaptado, según Le Brun, modelos forjados, preconcebidos e intercambiables, razón por la cual ser insurgente resulta hoy ridículo y la adherencia a valores, criticable. Este análisis le permite exponer la situación del “mundo conexcionista”, concebido según el modelo de las páginas Web, en el que lo importante es desplazarse y no pensar: en un mundo tal —afirma la autora— es necesario ser “maleable”; el “hombre conexcionista” debe pasar de una red a otra y seguir siendo alguien, pero el precio exigido es el del “abandono de toda actitud crítica”.

La mitad de esta segunda parte está consagrada a la reflexión sobre la crisis contemporánea de la identidad. En relación con la ausencia de políticas sólidas capaces de darle sentido a la vida del hombre, la afirmación de la identidad tiende a representar la única alternativa política en el “mundo conexcionista”. Por exceso de realidad aparecen los grupos de identidad: neo-feministas, gays y lesbianas, alpinistas, budistas que encuentran en el campo cultural razones para excluir y, al mismo tiempo, para asimilar. Le Brun ve con preocupación los aspectos contradictorios que reúnen estos grupos y advierte el daño que provocan en los sistemas de valores. El punto de vista de la identidad genera relecturas del pensamiento y del arte que condicionan, particularmente en el mundo anglosajón, las disciplinas universitarias y las bibliotecas. Al respecto, la ensayista afirma que la destrucción de los sistemas de valores es, en parte, responsabilidad de los “especialistas de la deconstrucción”; y agrega que la tendencia a dejarse seducir por este género de deconstrucción permite “medir el progreso de la racionalidad de la incoherencia”, pues desarrolla una “cultura de la diferencia que tiene como función esencial producir interpretaciones del mundo que nos impiden comprenderlo y cambiarlo”.

Este momento es tal vez el más polémico de todo el ensayo, pues la crítica al deconstructivismo va acompañada de un fuerte

cuestionamiento de la “servidumbre voluntaria” de los intelectuales, quienes se conforman con denunciar, pero no demuestran estar en condiciones de “evaluar” las reacciones que están siendo provocadas en el “campo sensible”: “Todo nos lleva a creer —afirma Le Brun— que la dictadura de lo diverso toma forma en un descerebramiento de identidad para imponer su orden disperso y recomponer nuestro mundo sensible a favor de una censura que le sirve de estética”. Esta estética encuentra, para la autora, sus fundamentos teóricos en la filosofía deconstructivista, según la cual nada tiene significación en sí puesto que ésta se adquiere del medio histórico, social y cultural. Así, se plantea que la afirmación de la identidad resulta de un doble proceso de “descontextualización” y de “recontextualización” que se ha confundido con la “estética postmoderna”.

Annie Le Brun ve con horror cómo la deconstrucción sustituye “la Negación” e instituye una “felicidad totalitaria” que no tiene nada que envidiarle a la “monstruosidad kitsch” de los movimientos totalitarios de la primera mitad del siglo XX. De manera lúcida y sin ningún tipo de retórica maquilladora, la ensayista evalúa primero la manera como el “exceso de realidad” de los productos culturales acaba con la “fuerza de la irrealdad”, y luego critica la “impotencia que se disimula bajo un *escepticismo dogmático* que está por remplazar el pensamiento crítico prácticamente inexistente, corriendo el riesgo de alimentar el más sospechoso culto de la tolerancia”. El derrumbe de la crítica de arte y de la crítica literaria se explica, según la autora, por la falta de adhesión sensible, por la ausencia de sensibilidad. Esta parte concluye con una amarga constatación: la última década, con su acelerada tecnificación, ha operado una anulación de la autenticidad, de la singularidad que va acompañada de una supresión del individuo y del cuerpo; y concluye diciendo que “ha llegado la época de las ideas sin cuerpo y de los cuerpos sin ideas”.

En la tercera parte, la ensayista aborda los temas del erotismo, el cuerpo y la sexualidad, desde una perspectiva histórica, considerando erotismo y amor como “antídotos” radicales contra el “exceso de realidad”. El “secreto del amor” es aquí reivindicado, puesto al mismo nivel de la poesía y considerado como la “última arma de la

cual disponemos en un mundo en el que los seres y las cosas están cada vez más obligadas a permanecer idénticas a ellas mismas". Se podría decir que la autora analiza, en esta parte, la crisis del erotismo contemporáneo; crisis que, desde su perspectiva, afecta el arte, la poesía, la literatura, el pensamiento y, sobre todo, la sensibilidad: "la vía erótica" —afirma— "se ha inscrito en el tiempo como un medio indefectible de reconquista de los poderes perdidos". En un rápido recorrido histórico, que va del siglo XVII al XX, evoca libertinos como Théophile, Lepetit, Sade, Baudelaire, Walter, para recordar que la conquista de "la libertad de pensamiento" es indisociable de "la libertad de costumbres" y que "la vía erótica posee la rara facultad de hacernos llegar hasta la fuente tumultuosa del pensamiento, allí donde éste se une con el deseo para iluminar el interior de nuestro funcionamiento sensible".

La crisis del erotismo y la anulación del cuerpo son analizadas a través de novelas, poemas y otros textos escritos por representantes de los grupos de identidad minoritarios: neo-feministas, gays, lesbianas, sadomasoquistas, que en vez de celebrar el cuerpo, lo condenan. El "exceso de realidad", la retórica "grosera", "escatológica", "unisexo" han "debilitado lo erótico y afianzado la energía sexual", hechos que producen una crisis en la "representación", pues ya no se evoca el "espacio vertiginoso de la confusión", del "deseo" y menos la "singularidad del cuerpo"; sólo queda una "realidad" que sacrifica el lenguaje del cuerpo y erradica la percepción y la representación. La sociedad tecnológica ha "comercializado" el deseo, lo ha "desublimado". La sexualidad, dice Le Brun, "ha sido reducida a ella misma, progresivamente privada de toda perspectiva pasional". Los intelectuales, en su afán de formar un ideal de "hombre conexionista", liberado inclusive del peso de sus pasiones y atento a protegerse de toda unión profunda (leve, en términos kunderianos), han "desacreditado la pasión amorosa": la sexualidad ha sido reducida a juegos de roles que erradican el deseo. La sociedad postmoderna ha puesto en marcha un proceso que ella llama de "desexualización", de "deserotización".

Le Brun insiste sobre el hecho de la anulación del cuerpo y encara los sofisticados instrumentos utilizados por el neo-capitalismo para condenar el cuerpo a ser un "accesorio": fisiculturismo, piercing, branding, tatuaje, moda, cirugía estética, silicona, y todo el arsenal que refuerza el narcisismo contemporáneo y destruye el "cuerpo enamorado". "Después de haber sido metáfora del mundo, metáfora del pensamiento, metáfora del deseo", al cuerpo hoy se le prohíbe ser "metáfora de lo que sea", pues ha sido "mecanizado", "mediatizado" y su relación con el mundo tiende a desaparecer. En la última parte de este denso ensayo, la autora compara el atentado contra el cuerpo con el atentado contra la conciencia histórica perpetuada en la restauración de monumentos y las bibliotecas sistematizadas que tienen como objetivo la liquidación del libro, para denunciar un proceso de "sustitución" que amenaza todo objeto cultural. Cibersex, restauración, readecuación, fisiculturismo, pornografía, todo conduce a una "desnaturalización cultural" que ubica lo "virtual" en el lugar del "imaginario". Lo virtual ha logrado expropiarnos del cuerpo, del otro, de la presencia, de la conciencia histórica, de la singularidad del deseo. Le Brun termina su ensayo preguntando: ¿Está dicho que para ser moderno sea necesario olvidarlo? ¿Es necesario olvidar el poder pasional del deseo sin el cual la imaginación no es nada?

Algunos de los temas y problemas abordados por la autora en este ensayo ya han sido tratados y denunciados por otros que, además, los han enmarcado en el contexto de lo que ellos llaman postmodernidad. El lector no encontrará aquí innovaciones o aportes a las hipótesis básicas; es más, Le Brun evita utilizar a lo largo de su escrito el término "postmodernidad" (tan sólo lo hace dos veces). Lo importante, para ella, no es denunciar lo que otros ya han denunciado, sino los efectos que dichos problemas provocan en el alma sensible, en el imaginario, en lo pasional, en la singularidad del ser, en el cuerpo enamorado, en el derecho a decir NO, en el derecho a sublevarse.

Es notoria, en la bibliografía del libro, la ausencia de autores clásicos en el tema de la postmodernidad, como Lyotard o Lipovetsky. Me pregunto si tal ausencia será una manifestación del rechazo al

conformismo aquí denunciado. La bibliografía de este ensayo ofrece, no obstante, títulos más recientes con aproximaciones interesantes e innovadoras. A continuación me permito subrayar algunos de éstos: los de Manuel Castells *La Société en réseaux* (Fayard 1998) y *Le Pouvoir de l'identité* (Fayard 1999); Rainer Rochlitz, *Subversión et subvention* (Gallimard 1994); Daniel Parrochia, *Philosophie des réseaux* (P.U.F. 1993); Luc Boltanski y Eve Chiapello, *Le Nouvel esprit du capitalisme* (Gallimard 1999). Las hipótesis de estos autores interactúan con las de Le Brun en un ensayo que combina el rigor del investigador con la sensibilidad de una intelectual comprometida con la vida y con el arte. La autora se niega a vivir en un mundo sin "imaginario" y a considerar la libertad un asunto cerrado. Su ensayo concluye con un rotundo NO, que nos permite entender esta declaración de las últimas líneas: "Que no se me pida reconocerle lo que sea a un mundo donde no busco más que huellas de insumisión".

Ivan Padilla Chasing

Profesor Departamento de Literatura
Universidad Nacional de Colombia